

James Carter

Ejecutivo del First Bank, hoy degradado por su empresa

Hace poco más de tres años, la vida de James Carter era aún plácida y el grupo de Lonegan solo una de las bandas de forajidos más buscadas del Medio Oeste. Jack Lonegan era un temible pistolero con coraje para acometer los más descabellados robos. Su banda la completaban James R. McReady, Juanita «Dinamita» Rosales, Pierre Grimauld, alias «el Francés», y J. J. Thomas, más conocido como «el Chico».

James Carter trabajaba en el First Bank ignorante de lo que el destino le tenía reservado. No podía imaginar que su apacible vida se fuese a cruzar con la banda de forajidos más osada de los EE.UU. En el First Bank de Filadelfia, James Carter había ascendido gracias a su aguda inteligencia y a un buen puñado de éxitos comerciales. La vida le sonreía, y sus jefes también. Estos pensaron que era el momento de que James adquiriese mayores responsabilidades. Y no había ninguna mayor que encargarse de organizar el traslado de plata más importante que el First Bank iba a realizar en su ya centenaria historia. Para más *inri*, James también debía llevar encima una gran cantidad de bonos estatales al portador recién emitidos por la entidad bancaria.



Mientras tanto, Lonegan y su gente llevaban mucho tiempo estudiando dar un gran golpe tras el cual retirarse para siempre. La oportunidad se les presentó cuando el First Bank llegó a un acuerdo con varios propietarios mineros del condado de Chaffee para adquirir algunas de las minas de la comarca y realizar una gran compra de plata que se trasladaría hasta su sede en Filadelfia a través de la Union Pacific Railroad Company, la compañía ferroviaria Union Pacific. El asalto al tren de la Union Pacific es algo que no se olvidará en mucho tiempo. Y el primero que no lo olvidará será, desde luego, James Carter.



La banda de Lonegan lo hizo todo bien. Grimauld compró un billete de primera clase y dio conversación a Carter dándose cuenta de que tenía los bonos. McReady y J. J. Thomas recorrieron el tren en busca de la plata, que hallaron en el primer vagón de carga. Lonegan y Juanita asaltaron el tren a caballo y acabaron con muchos de los pistoleros que el propio Carter había contratado para proteger el cargamento. La escena final tuvo lugar con Carter rindiéndose ante Grimauld delante de un extraño y enorme arcón de madera que el First Bank había mandado subir al tren en el último momento, sin que Carter conociese la naturaleza de su contenido. Fue «el Francés» quien lo abrió, hallándose... aquello. Carter aún no se puede creer lo que vio, pero “aquello” eran unos enormes huesos humanoides que se desintegraron al contacto con el ambiente y se transformaron en un remolino de polvo que rodeó completamente a Grimauld. Y después... poco más: la banda de Lonegan detuvo el tren, sacó la plata, se llevó los bonos y huyó. Así de fácil.

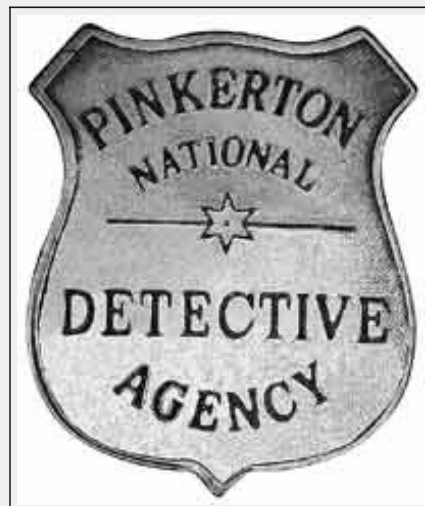
O tal vez no. Con cinco mulas cargadas de plata y su premio adicional (los bonos estatales al portador), la gente de Lonegan tomó rumbo sur, a través de bosques y de pasos de montaña, cruzando los peligrosos territorios apaches de Nuevo México. Estaban ya a pocos días de Juárez, lugar por el pretendían cruzar la frontera, cuando fueron sorprendidos por un grupo de 14 agentes de la ley bajo el mando del *marshall* Ben Foster. Estos les tendieron una emboscada en las cercanías de la pequeña localidad de Las Cruces. El grupo se dividió y se dispersó y ya no volvieron a encontrarse. McReady y Grimauld huyeron juntos. Cabalgaron a toda velocidad intentando llevar consigo las mulas cargadas de plata y distanciarse del grupo de *marshalls* que los perseguía, pero «el Francés» había resultado herido en el tiroteo posterior a la emboscada y terminó cayendo del caballo. Cuando los *marshalls* dieron con él, ya estaba muerto... en teoría.

La verdad es muy distinta y tiene un matiz algo siniestro e inexplicable, y es que «el Francés» logró, de forma milagrosa, sobrevivir a los disparos. La mala fortuna para él fue que lo dieron por muerto, no solo su compañero McReady, sino también las autoridades que recogieron su cuerpo y lo enterraron al parecer con vida. Carter no sabe explicar cuándo ni cómo pudo Grimauld salir de su ataúd y excavar el camino de salida a la superficie, pero lo que sí tiene claro es que su mente quedó trastornada profundamente en el proceso.

Grimauld apareció hace ya dos años en St. Elmo, Colorado. Nadie lo reconoció, ya que nunca había sido un rostro demasiado famoso, y bajo su nueva identidad, Pierre Beaumont, solo era un extranjero adinerado que había llegado al pueblo. Entró en varios negocios locales, compró un par de minas de la zona y poco a poco su poder y su influencia fueron creciendo en el pueblo... Las muertes empezaron poco después.

Al principio se trataba de algunos extranjeros de paso hacia el Oeste, gente que nadie echaba de menos. Los cuerpos aparecían destrozados días después de su desaparición, con la ropa hecha jirones y arrancada. Estaban prácticamente desnudos y con marcas de haber sido parcialmente devorados. Las autoridades achacaban el problema a los lobos, que abundaban por la zona, y el cuerpo se enterraba y se olvidaba. Con el paso del tiempo, el número y la frecuencia con la que aparecían nuevas víctimas aumentó y empezaron a caer conocidos del pueblo, vecinos de las tierras de los alrededores, trabajadores de las minas... La gente comenzó a asustarse y algunos abandonaron St. Elmo en busca de otras tierras más seguras donde ganarse la vida. Para entonces, las desapariciones de mineros eran tan frecuentes que el First Bank decidió contratar a un par de detectives de la agencia Pinkerton para investigar la situación. Estos hombres enviaron un único reporte a la sede de Filadelfia antes de desaparecer sin dejar rastro.

Hace tan solo unos meses, la dirección del First Bank encargó a James Carter, a quien había degradado como consecuencia del fiasco del tren de la Union Pacific, evaluar la situación de las minas y disponer su cierre en caso de que fuera necesario. Carter no tuvo más remedio que trasladarse a St. Elmo, a pesar del evidente riesgo. Apenas llevaba unos días en el pueblo cuando recibió una invitación a cenar de parte de *monsieur* Beaumont. Tras la cena, Beaumont le hizo una oferta de compra por las minas del First Bank, mostrando especial interés en una de ellas en particular, la mina más antigua y profunda, en la que los trabajadores del banco encontraron hace varios años los extraños restos humanoides que se deshicieron en polvo durante el asalto al tren de la Union Pacific por parte de la banda de Lonegan. Por supuesto, Carter reconoció a «el Francés» bajo su nueva identidad. Antes de despedirse, Carter prometió trasladar la oferta



de compra a sus superiores y volver a hablar en unos meses. James no sabe cómo explicar el miedo irracional que le inspiró ese hombre ni de dónde procede su certeza de que él es el causante de las muertes.

La tarde antes de que abandonara St. Elmo rumbo a Filadelfia, donde tenía la firme intención de recomendar la venta de las minas y abandonar toda actividad en la zona, una india llamada Keezheekoni abordó misteriosamente a James Carter y le aseguró que había un modo de liberar las tierras del condado de Chaffee del terror que las asola. La joven india le habló de un tal “Wanikly Qochata”, un hombre blanco en cuya descripción Carter cree reconocer a Lonegan, y de Yietso, una especie de demonio malvado de la mitología hopi. Para la joven india lo que ha ocurrido está muy claro, y han pasado ya tres años desde que el viejo chamán de su tribu, Qaletaq, advirtiese que iba a suceder: según la chica, que pertenece a la tribu de los hopi (radicada en las montañas del mismo condado de Chaffee), la codicia del hombre blanco liberó el espíritu de Yietso de su prisión de roca al perforar las montañas sagradas en busca de riquezas, y ahora uno de los hijos espectrales del demonio ha ocupado el cuerpo del antiguo compañero de Wanikly. Si no lo detienen pronto, sus aberrantes hermanos no tardarán en unirse a él y pronto tendrán fuerza suficiente para traer de regreso al verdadero Yietso desde el mundo de los malos espíritus. Por fortuna, el viejo chamán Qaletaq marcó a Wanikly con el signo de Istaqa, para que el astuto espíritu coyote le sirviese de guía. Wanikly y sus compañeros deben regresar al norte, a las tierras de sus ancestros hopis (es decir, al condado de Chaffee, donde se encuentra St. Elmo), para enfrentarse al vástago de Yietso y derrotarlo.

Por supuesto, Carter no comparte la visión mitológica del problema que tiene Keezheekoni y tampoco está completamente seguro de que sea «el Francés» el causante de las muertes, pero la idea de utilizar a Lonegan y a su banda para eliminar un problema aún mayor se le antoja una buena opción, sobre todo si permite a sus jefes conservar las minas de plata. Para James Carter esta podría ser la mejor manera de rehabilitarse ante sus superiores y volver a escalar posiciones en el banco. Si las muertes cesan en St. Elmo, el First Bank no tendrá que vender sus activos y podrá seguir explotando las lucrativas minas del condado. Así que si las supersticiones de indios o de cuatreros pueden ayudarle con su problema, está dispuesto a apostar por ellas. Máxime cuando Keezheekoni dice estar segura de dónde encontrar a Lonegan y a los suyos, que es lejos, muy lejos, casi en la frontera con México. La india lo afirma con una seguridad tal, que parece imposible no confiar en ella. James Carter no ha sido capaz de sonsacarle cómo diablos es que conoce el lugar en el que se puede hallar a los forajidos. La muchacha no suelta prenda.

En cualquier caso, para cuando tenga a Lonegan frente a frente, Carter tiene las cosas muy claras. Su propuesta es bien sencilla: si Lonegan y su grupo aceptan viajar hasta St. Elmo y poner fin a las desapariciones, el First Bank retirará todos los cargos que existen contra la banda, del primero al último, y podrán quedarse con la plata del tren de la Union Pacific y con los bonos del estado. Si Lonegan tiene dudas de su aceptar o no el trato (que es muy ventajoso para él), para afianzar sus argumentos Carter está dispuesto a ceder a Lonegan el documento que recibió de los detectives de la agencia Pinkerton a cargo del caso: Johnson y Harnett. Se sospecha que estos investigadores desaparecieron después de enviar su carta, ya que desde entonces no se sabe nada de ellos. El informe está escrito a mano por los propios investigadores, lo cual puede confirmar el propio Carter. El documento relata los resultados de las investigaciones y los siguientes pasos que van a llevar a cabo: intentar tener una reunión con *monsieur* Beaumont en su propia hacienda y, si fracasan nuevamente, acercarse por su cuenta por la noche.

